

# EL JUEGO BÍBLICO

Después de la narración y de todo lo que la acompaña, el segundo objetivo en la pedagogía de la fe, es el juego bíblico. Se trata de poner en contacto diferentes relatos bíblicos, sean de una parte u otra de la Biblia, y llegar a sobrepasar el primer nivel de la lectura literal, es decir, la fase anecdótica.

El camino que lleva de la lectura *literal* a la lectura *espiritual* o teológica, y que llevará al final a la *confesión de fe*, no es ajeno al trabajo fundamental que se ha de hacer a través de la *inteligencia de la fe*. El objetivo es que el chico o la chica destruyan el primer esquema mental imaginativo que ellos mismos se han montado con las imágenes y relatos que se les ofrecen (*primera lectura*), a fin de que sean capaces - que lo sons -, de reconstruir una *segunda lectura apropiándose* el relato.

Este paso, (cambio) de un *sentido literal* anecdótico a un *sentido espiritual* fundado en el literal es lo que llamo PASCUA DEL LENGUAJE. Y esto solo se realiza en el campo de la palabra: la palabra del niño.

Solo cuando él aprende el texto, conoce los códigos, habla y contrasta su opinión con los otros compañeros de grupo, los escucha y dialoga con ellos, cuando busca el sentido en equipo, con las dudas y las desorientaciones que eso comporta, es cuando podrá encontrar otra dimensión al texto.

La clave la tiene el **animador** (educador: padre, madre, maestro o catequista). El animador ha de saber cómo impulsar el trabajo de grupo, o el juego bíblico.

El juego bíblico tiene estas finalidades:

- Dar un *saber* inicial a través del conocimiento, lo más cercano posible del texto bíblico (sin quitar los códigos de que ya hemos hablado).
- Ayudar a que el niño o la niña exprese el relato con sus propias palabras. La recreación del juego bíblico le ayuda a recordar y a relacionar los relatos y las imágenes.
- Proponer una actividad atrayente, para que le ayude a realizar un esfuerzo de reflexión e integración, poco a poco, en todos los elementos de su personalidad y de su vida.
- Conseguir que el juego se haga en equipo, a fin de poner en sintonía todas las aptitudes y valores del grupo.
- *Cuando el contexto lo permite*, (dentro del ámbito familiar, en la escuela – especialmente en la cristiana-, en el grupo de catequesis, en encuentros especiales,...) hay que aprovechar algunos de los elementos ambientales para hacer una oración-comunitaria o una celebración, en la que puedan hacer experiencia de que los textos que han trabajado, son palabra viva, dirigida personalmente por Espíritu para cada uno de ellos, y poder hacer experiencia, además, de que también es palabra viva para todo el grupo. Si así sucede, es semilla fecunda de comunidad cristiana (esto lo pongo en azul porque es cosecha propia y no se si interesa)

## LA CUESTIÓN CLAVE

No es necesario repetir aquí sobre la necesidad *de educar la palabra simbólica*. Pero la conclusión es clara: si solo cuidamos el aspecto cultural o del saber, (horizontalidad), toda la formación será a la larga superficial, a pesar de que se quiera ampliar el campo del saber atendiendo a la información de todas las religiones (lo que no se descarta).

Si queremos poner los fundamentos de una educación más integral o en profundidad (verticalidad) es insustituible la referencia al símbolo y a la fe. Nuestra fe es revelada y, si eso es así, la Biblia ha de tener el lugar central de todo trabajo entorno de la fe, de la pedagogía de la fe y de la *inteligencia de la fe*. (sea en casa, en la clase de religión, la catequesis, la pastoral o la liturgia). Sin la Biblia no se puede decir: Jesús VIVE y es Señor.

Todo el campo simbólico que expresamos con el catecismo, el credo, los sacramentos y la liturgia precisan un conjunto de palabras, imágenes y relatos difíciles de comprender sino es en un contexto bíblico. Más aún, la reflexión teológica nace de la meditación de la Escritura referida a Jesús. Sin la Biblia, en toda su extensión, nuestra existencia perdería densidad, amplitud, profundidad. La Biblia es inseparable de la fe y de la pedagogía de la fe.

Los educadores: los padres, maestros y los catequistas – destinatarios directos a quienes me refiero en estas líneas – son los primeros responsables de poner al alcance de los niños, en los inicios de su vida, (de 4 a 12 años) los relatos bíblicos de la manera más vital posible. Se trata de enganchar, de que ellos enganchen con sus propias palabras y con sus imágenes rudimentarias - el texto bíblico, la letra. Es lo que podemos llamar el aspecto POSITIVO de la fe (positivo de positivismo, fase necesaria, pero no suficiente).

Esta primera fase infantil es semejante a aquella *historia sagrada* que nos explicaban nuestros abuelos en casa o el cura en la “*doctrina*”, el domingo por la tarde (*in illo tempore*). Eran historias que se situaban en un tiempo y en un lugar geográfico determinado. Pero mirándolo en el presente, nos parece que estas historias maravillosas podrían suscitar un rechazo cuando los niños y niñas maduran. De hecho, muchos adolescentes y jóvenes rechazan la Biblia, sea por ignorancia, sea porque la ven fantástica, llena de contradicciones, y que solo ha servido para denunciar la falta de moralidad en ciertos aspectos de su propia vida. No han aprendido ni tienen el bagaje cultural, ni el *lenguaje* enriquecedor de palabras imágenes y relatos bíblicos que les ayude a ir más allá de la fase anecdótica. Ni siquiera, los creyentes, usan la Biblia en su oración.

Urge un replanteamiento en la formación bíblica desde los más pequeños (4-12 años). No para que reduzcamos la Biblia a una historia con mensaje moralizador, sino para que demos los elementos necesarios para un trabajo posterior. El riesgo seguirá existiendo. Pero ofrecer una lectura anecdótica de la Escritura es un primer trabajo necesario e insustituible. El trabajo simbólico posterior solo podrá nacer de un buen conocimiento del texto bíblico, en su vertiente más literal (conocer el texto, las palabras, los códigos, ...)

A esta edad (4-12 años) se ha de diferenciar el TEXTO del SENTIDO. Los chicos y las chicas entran en el mundo simbólico de manera lenta y progresiva. Para ello hace falta TIEMPO, tiempo exterior e interior. En general los programas de formación y, en concreto, de formación religiosa o de catequesis no tienen en cuenta el *tiempo*. La propuesta que ofrezco es esta: Para educar el *sentido* es necesario educar la palabra del chico o la chica con palabras, imágenes y relatos. El *sentido* se irá desarrollando lentamente. Con un seguimiento apropiado la palabra cogerá una fuerza y una densidad que será capaz de llamar a Dios, Abba. Será una palabra simbólica capaz de expresar una confesión de fe.

Durante el crecimiento de lo que en psicología llamamos infancia no nos sirve partir de la vida (ni por vía deductiva, ni por vía inductiva). Es preciso partir del relato bíblico y de su dinámica simbólica; a esto nos ayuda *el juego bíblico*. Superando el contexto positivista de nuestra sociedad que es la piedra de toque y de tropiezo, la propuesta que ofrezco es la de educar la palabra simbólica que se articula en el juego interactivo entre el SABER, el SENTIDO y el TIEMPO.